



¡Así que serás médico, hijo mío!*

Con lágrimas contenidas en mis ojos, escucho esta tu personal decisión... Debo decirte, sin embargo, que en lo más profundo de mi ser, siento entremezclados sentimientos de íntima complacencia y profundo pesar.

Complacencia, porque has escogido, sin presiones, la más bella y noble profesión de cuantas existen, porque ninguna otra como ella, es capaz de gratificar tanto a quien la ejerce, como cuando veas mitigado de tus manos, el sufrimiento ajeno. *Ese alivio del dolor, que es principio y fin de nuestro oficio, y que de sí, justifica el que existamos*. Por ello te sentirás al máximo recompensado, cuando restituyas la salud a un enfermo, o cuando ayudes a un moribundo en el penoso trance de la muerte. *Esa muerte, que por más que te empeñes en vencer, a la postre, siempre sabrá cómo burlarte...* *Complacencia*, porque podré compartir contigo todo cuanto he podido aprender todos estos años, y a mi vez, recibiré la recompensa de verte crecer ágil y vigoroso en el juicio clínico y ponderado en la indicación terapéutica. En fin, *complacido*, porque sabré que una vez que mi paso se achique, mi cerebro decline y mis reflejos me traicionen, me será dable el seguir existiendo a través de tus acciones...

Pesar, porque aunque no lo creas, el ser médico también entraña permanente sufrimiento. Dolor, muchas veces lacerante, que deberás aprender a asimilar y tolerar, porque adecuadamente digerido se constituirá en fuente de temple espiritual y de maduración profesional. *Pesar*, porque deberás luchar a permanencia y con denuedo, contra las fanfarrias de la falsa gloria, o contra el corrosivo sentimiento de culpa que muchas veces te atormentará por lo que has hecho o dejado de hacer... *Pesar*, porque enajenarás los mejores años de tu vida entre días de intenso trabajo y noches de larga vigilancia, tratando de aprender cómo funcionan, interactúan y se enferman el cuerpo y el alma humanas, basamento científico y espiritual de nuestro oficio, que por su elevada complejidad y el corto tiempo que se te permitirá para aprenderlo y ejercerlo –¡Tu vida...! apenas si podrás intentar aproximarte a él. *Pesar*, porque escogiste una ocupación donde el amor y el odio nunca marcharon más juntos... Serás ‘el mejor médico del mundo’, hasta que los requerimientos de tu paciente no sean satisfechos en la forma en que él lo espera... En ese momento, sus sentimientos hacia ti darán un giro antipódico y te endilgará toda clase de penosos adjetivos, y hasta tergiversará la verdad en su beneficio y en tu desprestigio. Desde ya, considéralo como un efecto indeseado, pero intrínseco al rol de padre omnipotente y omnisciente que te adjudicará la idealización del minusválido.

Debes saber que tu responsabilidad será muy grande, pues nunca fue más difícil ejercer la medicina, que en este tiempo en que te tocará practicarla. Situación paradójica esta, si consideras los enormes adelantos que en materia de diagnóstico y tratamiento tendrás a tu alcance. El mayor escollo radicará en *saber ajustar la tecnología moderna al paciente adecuado, y en el momento en que él la necesite, con suficiente juicio clínico, inteligencia y mesura*. Ya parece que no bastan el acumen de un médico, sus manos y un simple estetoscopio. La gente necia, y muchos de tus colegas también, estarán convencidos de que mientras más instrumentos y pruebas utilices para diagnosticar –aunque sin rumbo–, tanto mejor que lo harás. Hasta con desdén serás mirado, cuando se enteren de que *tan sólo posees tu cerebro*. ¡Pero cuán equivocados estarán...! *Las máquinas, cuando antepuestas al razonamiento clínico, son capaces de generar dolor... precisamente ese dolor que estarás aprendiendo a redimir*. ¡Oyelo bien! la tecnología empleada con ligereza nunca podrá reemplazar al proceso de diagnóstico y tratamiento que iniciarás y pondrás fin, *a través de una detallada y total comunicación con tu paciente*. Así pues, nunca deberás abdicar ante los botones de colores y el canto melodioso y traicionero de una máquina de “última generación”, hacedora de errores, que la sociedad de consumo tratará de venderte. ¡Ponla en su puesto! supeditada a tu cerebro ¡dónde debe estar...!

Ve lo novedoso con algo de escepticismo y desconfianza pues... ¡La moda en medicina también existe! No seas el primero en avalar toda nueva idea, o modo de diagnosticar y tratar. Examínalos científicamente, con disciplina y desapasionamiento, y permanece a la expectativa del dictamen de quien no se equivoca: El tamiz del tiempo. Tampoco seas el último en adoptarlo cuando estés convencido de que será beneficioso para tu

paciente. *Ten siempre por norte su mejor interés, y trátalo como tu quisieras ser tratado en caso de que la desgracia y el infortunio trajeados de enfermedad, se aposentarán algún día en tu cuerpo...*

No olvides que el error estará siempre acechante a la vera de tu práctica. De nada bastará que te dediques al estudio serio y seas un acervo crítico de tus propias acciones, a que examines a tus pacientes con lo más depurado de tus aptitudes, a que destines a ellos horas de análisis y meditación. Siempre el yerro rondará tus actos. De él aprenderás, con dolor, mucho más que de algún resonado éxito. Y es que escoges quizá, una de las profesiones más inexactas de cuántas existen, porque aunque veas por dobles o centenas las más diversas enfermedades, ¡nunca verás por duplicado a un enfermo! Cada ser humano es diferente, y variados y complejos factores le hacen enfermar de una manera particular y muy personal. Dedicar tiempo y esfuerzo a observar con detalle las facetas que distinguen a un enfermo de otro. De su análisis conocerás más sobre la condición humana y acerca de tí mismo...

Escucha siempre con atención y seriedad aquello que tus pacientes te ofrezcan a tu consideración: Despliega y relaja al máximo tus sentidos, así que ellos puedan vibrar al unísono con él y te acerquen más a la verdad. El hombre enfermo es más que un libro abierto dispuesto a enseñarte... Aprende con agradecimiento de cuanto te diga o encuentres al examinarle, y retribúyete ayudándole a descifrar el jeroglífico de sus quejas, y aliviándole sus penas físicas y morales. Cuando sus síntomas te parezcan extravagantes o aun risibles por antojársete absurdos, más te valdrá creer que es tu propia ignorancia la que te hace sonreír ante lo incomprendido o desconocido...

El crecimiento incesante y astronómico del conocimiento médico, te matendrá de continuo en la más permanente desactualización. No podrás saberlo todo. Pero aun así, *estudia siempre con rigor y con ahínco* y aprende de todo y de todos los que puedan enseñarte, y *aspira siempre a la perfección*. La “compañera” que has escogido para toda la vida, ha sido, es y será siempre muy exigente y te demandará dedicación total.

Si buscas riquezas, aléjate de este arte. Te harías y le harías mucho daño. Nunca compares tus emolumentos con los de otros de ocupación distinta. Luego de mucho bregar, tendrás para vivir con decencia y sin excesos. No obstante, el común de las gentes te considerará más rico de lo que realmente eres. Es su ingente necesidad el que así sea. Serás pues, parte de la comedia humana, y aquello cuanto cobres, hasta será usado por el paciente ante sus amigos, muchas veces inflado, para obtener a tu costa, mayor poder social. Pero recuerda que el médico, más que nadie tiene, si así lo quiere, un más expedito acceso a la verdadera riqueza: La riqueza interior... que aunque no se vea, es la única que cuenta y por ello, la más envidiada. Tus permanentes contactos con las alegrías y miserias de los pobres, pero también de los poderosos, te enseñarán la senda de la comprensión, de la humildad y de la tolerancia... ¡No dudes en seguirla!

Y para finalizar, hago votos porque esta hermosa vereda que empezará a trillar muy pronto, te conduzca a tu realización total como hombre, como médico y como ciudadano de valía.

Quien tanto te quiere...

RAFAEL MUCI-MENDOZA, M.D.

Profesor de Clínica Médica y Neuro-Oftalmología. Escuela de Medicina José María Vargas.
Hospital Vargas de Caracas. Universidad Central de Venezuela.

* Esta oración fue publicada en el diario “El Nacional” de Caracas, Venezuela, el miércoles 19 de marzo de 1986.